

CUBA Y USA O CÓMO LA GEOGRAFÍA DEFINE LA HISTORIA

Carlos Alberto Montaner

Una de las grandes coartadas de la dictadura comunista es la historia. Según la mitología castrista la gran desgracia de los cubanos es vivir a noventa millas de un vecino inmensamente poderoso, presa de una codicia imperial incontrolable, que desde hace más de dos siglos intenta tragarse a la Isla, anexionarla, y doblegar a sus habitantes. Frente a estos diabólicos designios, los cubanos "dignos" sólo pueden defenderse mediante la existencia de un partido único organizado en torno a un discurso nacional-comunista sin fisuras y sin espacio para la discrepancia que preserve la soberanía nacional.

Evidentemente, esa interpretación de la historia es una completa falsificación de la realidad, pero nos indica cuán importante resulta examinar los vínculos entre Cuba y Estados Unidos hasta entender la verdadera naturaleza de las relaciones entre las dos naciones, y cómo han ido variando a lo largo del tiempo, en la medida en que la coyuntura internacional lo exigía.

La charla de esta noche la dedico, pues, a acercarme a tan importante tema, y comienzo con una observación poco sorprendente: todos hemos visto alguna vez en los mapas antiguos cubanos, o en los libros de historia, que se referían a Cuba como "la llave del golfo" o como "el antemural de las Indias". Eso indica que hay una fatalidad geográfica de la que no podemos escapar. Cuba es un país situado en una encrucijada geográfica que de alguna manera dicta o influye tremendamente en su historia. Esa encrucijada geográfica, naturalmente, comienza a existir a partir del descubrimiento y colonización, cuando el Caribe se convierte en un territorio en el que las potencias europeas riñen sus

batallas. Antes de esa época, en la etapa precolombina, la importancia geográfica de las islas antillanas, Cuba incluida, era prácticamente nula, pues las grandes civilizaciones indígenas ocupaban las zonas altas de Mesoamérica o la región andina, pero no el archipiélago caribeño, que había sido civilizado por pueblos de origen arawako mucho más atrasados. Y a esta observación de Perogrullo, quiero añadir algo que a veces olvidamos: la percepción en política exterior, más aún, la percepción del mundo es algo que nosotros heredamos. Algo que los norteamericanos heredan de los ingleses y que los cubanos heredamos de los españoles. Es decir, no hay ninguna cultura, ninguna sociedad ni ninguna tribu que inaugure una mirada sobre el mundo: lo que hacemos es recoger una vieja tradición y reelaborarla.

La Guerra de los siete años

Las reflexiones que siguen, sin embargo, no parten de los comienzos de la Conquista, en el siglo XVI, sino algo más adelante, cuando Estados Unidos da sus primeros pasos como nación independiente. Hay un momento clave en la historia del Occidente, a finales del siglo XVIII, cuando empiezan a cuajar los Estados nacionales, las naciones modernas, y, sobre todo, cuando colapsa y desaparece el antiguo régimen monárquico y empieza a ser sustituido por las democracias modernas republicanas. Todo eso comienza a insinuarse a finales del XVII y se acelera en el siglo XVIII, época que para nosotros los cubanos es también tremendamente significativa.

En la segunda mitad del siglo XVIII los ingleses crean una extraordinaria marina, la más veloz, la más eficaz desde el punto de vista militar, la más apta, y le disputan a los franceses la hegemonía del mundo. Desde hacía mucho tiempo, desde el medioevo, y probablemente hasta nuestros días, la clave de las hostilidades entre las potencias radicaba en la noción del equilibrio de poderes: en la idea de que era muy peligroso para

cualquier nación que tenía vocación hegemónica que otra nación despegara extraordinariamente en el terreno militar, en el terreno económico o en la conquista de territorios de manera tal que se pudiera convertir en un poder avasallador.

Esta noción estratégica es el punto de partida de un episodio que en el XVIII desangró a Europa, y por lo tanto a América. No podemos olvidar que América, especialmente en aquellos siglos coloniales, es una prolongación de Europa. La América descubierta a partir de 1492, como he señalado, se convierte en un campo de batalla donde se prolongan las disputas de las potencias Europeas. Los conflictos se trasladan a América, y dentro de esa América, que tiene que batallar y que tiene que pelear, por supuesto, Cuba, la encrucijada caribeña, es un factor clave. ¿Por qué? Porque Cuba, como mencionamos, es el antemural de las Indias, porque Cuba es la llave del Golfo, y porque Cuba tiene una notable importancia militar de donde se desprende la voracidad o el temor con que los poderes imperiales perciben la Isla. Por otra parte, en Cuba, muy rápidamente, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, empiezan a verse síntomas de prosperidad como consecuencia de que La Habana se vuelve paulatinamente un puerto importante, como resultado de ser un sitio donde se detienen las flotas en su viaje hacia otros lugares de América o de regreso a Europa. Como consecuencia de todo esto, Cuba -especialmente La Habana-, empieza a ser un lugar muy especial con cierto desarrollo urbano y cierta densidad cultural, y cada vez que hay un conflicto entre las grandes potencias europeas, ese conflicto tiene consecuencias cubanas y consecuencias para los hispano-cubanos que inevitablemente se ven involucrados.

En cierto momento, se desata una verdadera guerra mundial, poco mencionada en los libros de historia, la Guerra de los siete años, transcurrida entre 1756 y 1763, que tiene una extraordinaria importancia, cuyos efectos llegan hasta nuestros días. Se trata de una

guerra, básicamente, entre Inglaterra y Francia, a la que se suma España como aliada de Francia, pero es que involucró a los poderes centroeuropeos, Prusia y Austria, y se riñó hasta en la India. Es una guerra en la que los ingleses, que comparten con los franceses el territorio del norte del continente americano, quieren desplazar a los franceses de esa zona del mundo. ¿Por qué? En esencia, por el apetito imperial británico, porque ven de alguna manera en peligro sus intereses, y porque ya las trece colonias americanas son robustas, tienen buenas milicias, y pueden hacer la guerra. En el otro bando, los franceses en el norte, y junto al Mississippi, en el sur, también poseen unos notables territorios. Los ingleses temen que esa tenaza entre el Canadá francés y el sur, la gigantesca Louisiana, también bajo la bandera de la corona francesa, pudiera poner en peligro el control que ellos tenían sobre el territorio de las Trece colonias.

Hay que darse cuenta que hasta el siglo XVIII prevalece la noción de que las riquezas de las naciones es la consecuencia de la explotación colonial. De acuerdo con las creencias de la época la riqueza de la metrópoli dependía de los mercados cautivos coloniales. No era cierto y ya hay pensadores inteligentes de esa época que se dan cuenta de que la premisa es falsa, como establece el escocés Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, pero aunque es una refutación irreprochable desde el punto de vista intelectual, resultaba poco escuchada por las cabezas política de la época. En todo caso, lo cierto es que se desata la guerra, y los hermanos Washington, Lawrence y George participan en la contienda, por supuesto al lado de los ingleses, pues forman parte de la milicia colonial británica. George Washington es hecho prisionero, mientras Lawrence Washington, más exitoso, toma Guantánamo. Es el primer norteamericano en tomar Guantánamo, pero se trata de una operación de escasa importancia, pues Guantánamo, desde el punto de vista militar a fines del siglo XVIII, carece de peso estratégico.

Poco después, los ingleses, como parte de este conflicto, se apoderan de la Habana en 1762. Acto que tiene mucho sentido lógico porque allí, en ese conflicto entre Inglaterra y España, que es aliada de Francia, se dirime de alguna manera la hegemonía del Nuevo Mundo. Hegemonía que comienza a inclinarse hacia Gran Bretaña como consecuencia del triunfo de las armas inglesas, pero hay una especie de enroque, por el que la Louisiana, como parte de los acuerdos finales de guerra, termina en poder de los españoles, mientras Florida -las dos Floridas, la Florida del este, que es la península, y la Florida del oeste, que es el sur de Mississippi y Alabama-, pasan a formar parte de Gran Bretaña. A cambio de eso La Habana es devuelta a los españoles. Hay, pues, una especie de enroque de las posiciones, aunque cuando hablamos de esos territorios hay que aclarar que la cartografía de la época era muy deficiente y nunca estuvo muy claro, cuando se hablaba de la Florida, a qué territorio exactamente se referían, o cuales eran los límites exactos de la Louisiana, algo muy propio del siglo XVIII y de un continente todavía poco explorado.

Ese enroque genera conflictos en el sistema de alianza de España. Pero cuando digo España recuerden que hay que pensar que esos conflictos pasaban por la Habana y formaban parte de nuestra visión del mundo y de nuestros conflictos, porque las tropas salían de Cuba, que era el territorio más cercano al sur de Estados Unidos, y en Cuba, como territorio español, impactaban todos estos acontecimientos de manera muy notable. En fin, en esa Guerra de los siete años la gran derrotada es Francia, y la derrota siempre genera deseo de venganza y rencor, y los franceses sentían ambas cosas: la necesidad de vengarse de los ingleses y la necesidad de provocar una serie de conflictos que pudieran crearles a los ingleses precisamente los problemas que quisieron evitar con la Guerra de los siete años.

Cuba y el surgimiento de la Unión Americana

Pronto hubo oportunidad de ambas cosas. Los franceses, muy astutamente, descubrieron que las trece colonias norteamericanas, que hasta ese punto habían funcionado casi como estados o territorios independientes, muy celosas de su autonomía, en la Guerra de los siete años se cohesionaron junto a Gran Bretaña para enfrentarse a los franceses, y batallar de una manera muy eficiente, tan eficiente que ellos, los orgullosos franceses, fueron derrotados. Pero los franceses percibieron que de esa cohesión empezaba a surgir un país nuevo. Empezaba a surgir una entidad política que tenía una vocación tribal unitaria muy especial. Así que con gran habilidad pensaron que podían explotar los conflictos entre los americanos de origen inglés y Gran Bretaña. De manera que cuando comienzan los atropellos a las colonias británicas con impuestos indebidos, cuando comienzan los levantamientos y los conflictos entre las trece colonias y Gran Bretaña, inmediatamente los franceses empiezan a pensar que pueden actuar en contra de Gran Bretaña, y por supuesto, esa actuación va a ser muy importante para Cuba, porque Cuba, a 90 millas de ese enorme territorio, podía ser unos de los vectores desde el que se podía ayudar a los insurgentes, pero como era un territorio español, no un territorio francés, la capacidad de intriga de la cancillería francesa debía dedicarse a alentar a los españoles a meterse en esa batalla.

Y no era imposible. Los españoles, al margen de la reciente Guerra de los siete años, culpaban a los ingleses de un agravio muy particular, y era que a principios del siglo XVIII, como consecuencia de otra guerra, la de Sucesión, la Corona británica les había arrebatado Gibraltar en el sur de la propia España. Los españoles habían tratado de recuperar Gibraltar durante la Guerra de los siete años y no habían podido, de manera que esa herida estaba abierta. Por otra parte, tanto en Francia como en España reinaban

los Borbones, así que era fácil que los reyes, el de España y el de Francia, parientes cercanos, se pusieran de acuerdo para establecer una alianza con la promesa, entre otras, de que la victoria contra los ingleses les traería a los españoles la devolución de Gibraltar y a los franceses la de Canadá.

En este punto es que aparece un personaje que merece una película. Se trata de un dramaturgo, un comediógrafo que es, además, gran relojero: Pierre Agustín Caron de Beaumarchais, el autor de *El Barbero de Sevilla*, y de *Las Bodas de Fígaro*. Lo interesante, para los cubanos, es que *Las Boda de Fígaro* es el libreto básico de una ópera escrita por Lorenzo de Ponte a la que Mozart le pone música, y es en esta obra donde se inspira, de una manera que hoy casi sería calificado de plagio, nuestro himno nacional compuesto por Perucho Figueredo con la ayuda, insisto, de Mozart, aunque el compositor austriaco no lo sospechara. Esa marcha militar, donde impulsan al joven Querubino a la batalla, es la que aparentemente dio lugar a nuestro himno, y termina primero convocando a los bayameses al combate, y luego a todos los cubanos. Muy castrense tenía que ser, muy estimulante para el espíritu guerrero, que cuando estrenan la pieza musical en una iglesia, durante un Tedeum, antes de empezar la guerra del 68, las autoridades españolas dicen: "mucho cuidado que eso es una marcha militar" y Perucho Figueredo tiene un encontronazo con las autoridades españolas como consecuencia de su composición musical. Pero, en fin, vuelvo a Beaumarchais, porque es él quien convence a la cancillería francesa de alimentar la insurrección de los norteamericanos, y para esos fines crea una empresa llamada Roderique Hortalez, con un nombre que le sonaba español, y canaliza un millón de libras esterlinas y una cantidad de pólvora y armas que salvan a la revolución norteamericana.

Hay documentos de Washington en los que se dice que sin esa ayuda de los franceses no hubieran podido conseguir la victoria sobre los ingleses. Uno se pregunta y por qué la gratitud de los norteamericanos es mayor hacia los franceses que hacia los españoles, incluso cuando no ignoraban la existencia de un personaje llamado Diego de Gardoqui, que hizo lo mismo que Beaumarchais, pero al servicio de la corona española, y lo hizo con una empresa creada bajo su nombre real: Gardoqui & Sons. Gardoqui, luego embajador de España ante la Unión Americana, era uno de los que, desde Cuba, de manera clandestina, hacía llegar armas, explosivos y pólvora a las tropas norteamericanas por medio de goletas, que era lo que se utilizaba entonces. Pero retomo la pregunta: ¿por qué los norteamericanos le agradecen a Lafayette lo que no le agradecen a los generales españoles? Tal vez porque los españoles, aun cuando llegaron a tener una gran presencia militar, mayor que la francesa, no pelearon en las batallas principales, mientras los franceses participaron en las más importantes. En la batalla de Yorktown, por ejemplo, pelean más franceses que norteamericanos, y, por otra parte, para los norteamericanos era obvio que España ayudaba a la liberación de los Estados Unidos, o a la independencia de los Estados Unidos, de una manera indirecta, no mediante un pacto directo con los revolucionarios norteamericanos, sino mediante un acuerdo entre Francia y España, el Tratado de Aranjuez. Es decir, veían a España como un aliado menor del aliado principal.

Al mismo tiempo, es muy interesante saber que la gratitud de los norteamericanos es una gratitud condicionada, porque las cabezas dirigentes de las colonias norteamericanas eran británicas y protestantes de pensamiento y corazón. La concepción que ellos tenían del mundo era británica, protestante, anticatólica, y de pronto se veían aliados de los poderes papistas; se veían aliados de los franceses y, en menor medida, se veían aliados de los españoles. Pero esto explica por qué cuando los

ingleses empiezan a flaquear, los norteamericanos hacen algo que los franceses consideraron una traición: se ponen de acuerdo con los ingleses y pactan la paz sin contar con sus aliados franceses y españoles. Cuando los franceses advierten que los norteamericanos han pactado la independencia con los británicos entienden que es una traición y, al mismo tiempo, reaccionan abandonando la alianza con los españoles, así que los españoles no pueden recuperar Gibraltar.

En ese momento los poderes europeos no pensaban que la república americana podía subsistir. Creían que iba a colapsar como consecuencia de la debilidad natural del modelo republicano. La idea de articular en un solo gobierno federal a trece estados independientes, cada uno con su parlamento, con su Constitución, con sus líderes políticos, y ya no bajo el mando vertical y unificado de una monarquía, parecía imposible. El mundo, sencillamente, no conocía un manejo eficiente de una estructura tan compleja como esa. Así que el consenso general europeo era que el experimento republicano estadounidense fracasaría como Estado, aunque un ilustrado español, el conde de Aranda, político muy importante para la historia de los cubanos por las cosas que defendió, y por los cambios que propuso en la política de España hacia Cuba, opinaba de otra manera. En ese momento el conde de Aranda era embajador en París y escribió observaciones muy interesantes sobre lo que él percibía como una nación a la que nadie tomaba en serio en ese momento, que era Estados Unidos, y dejó dicha esta frase premonitoria: "algún día asombrará al mundo". Aunque la verdad es que el conde Aranda era un hombre especialmente clarividente, porque no sólo se dio cuenta de eso, sino que una década más tarde, cuando vino la revolución francesa, también hizo unos comentarios brillantes y alarmados de lo que iba a ocurrir como consecuencia de ese hecho.

Pero volvamos a la guerra de independencia norteamericana y sus vínculos con Cuba. Ustedes saben que, en cierto momento, los ejércitos de Washington no tenían recursos y había que pagar a esos soldados que estaban a punto de amotinarse. Pues bien, esos recursos se recaudan en la Habana, y, además, se recaudan en un tiempo record. Es una cantidad tan grande de plata y oro que cuando la entregan a los norteamericanos, y la colocan dentro de la "casa del tesoro", una precaria edificación de madera, se hunde el piso. Pero esa ayuda no participaba de una vinculación ideológica. Porque de la misma manera que los norteamericanos percibían a los franceses y españoles como católicos papistas, como monarquías corrompidas europeas que ensangrentaban los territorios coloniales con guerras constantes, las autoridades políticas españolas veían a los revolucionarios norteamericanos con gran prevención, primero porque estaban estableciendo esa estructura antimonárquica que era la república, y, segundo, porque eran protestantes, cosa que resultaba peligrosa para los intereses españoles. En todo caso, los españoles, con gran sentido político, en 1783, cuando Inglaterra admite la independencia norteamericana, lo primero que hacen es nombrar a un embajador que fuera simpático a las primeras autoridades estadounidenses. Nombran a Diego de Gardoqui, el hábil contrabandista de armas y de pertrechos que hizo lo mismo que el compositor y músico francés, pero del lado español. Los malvados rumores de la época dicen que intentó enamorar a la esposa de John Jay, primer presidente del Tribunal Supremo estadounidense, la señora Sarah Livingstone, aparentemente muy bonita, pero son chismes sin fundamento que entonces circulaban en el corazón del poder norteamericano. Lo único que se sabía era que participaban en fiestas juntos, y que, efectivamente, el señor Gardoqui hizo algunos regalos que hoy en día hubieran llevado a la cárcel por aceptarlos al jefe del Poder Judicial norteamericano.

Se estrena la diplomacia norteamericana

Poco después de estos hechos, en 1789, empieza la revolución francesa. Es un acontecimiento que estremece, por supuesto, a toda Europa, pero que tiene su primer momento culminante cuando en 1793 decapitan al Rey y a su mujer. Cuando se produce este magnicidio hay una reacción colectiva para intentar aplastar ese evento sanguinario que había eliminado a Luis XVI y a su mujer, y los estados europeos se lanzan sobre Francia, y entre ellos España. En el caso de España recordemos el parentesco: no solo han matado al rey de los franceses, sino han matado al pariente cercano y querido del Borbón español. Pero las armas españolas son rápidamente derrotadas por la extraordinaria infantería francesa, y una de las consecuencias de esa derrota es que los franceses se vuelven a adjudicar la Louisiana y convierten a España en una especie de protectorado. En ese momento Gran Bretaña tenía la mejor marina, pero el mejor ejército de tierra era el francés. El ejército francés era muy grande, estaba bien adiestrado, y ya había empezado un proceso que tuvo una extraordinaria importancia en el desarrollo económico de Europa: la estandarización de las armas. Al construir los mismos fusiles, las mismas pistolas, las mismas armas, al estandarizar el armamento, creó una economía de escala que le dio una fuerza económica muy grande a los franceses, además de dotarlos del mejor armamento de la época.

En ese punto, 1794, cuando, por causa de la revolución francesa, las naciones europeas vuelven a enfrentarse en una guerra feroz que arrastrará, como siempre sucede, a las colonias americanas, Estados Unidos dicta una ley que desde entonces afectará de una u otra manera sus relaciones con Cuba: la Ley o Acta de Neutralidad. Estados Unidos padece una agónica ambigüedad: en principio, sus simpatías ideológicas están con los republicanos franceses, pero la afinidad cultural es con los ingleses. El Acta de Neutralidad establece que el suelo norteamericano no puede utilizarse para armar ejércitos contra otras naciones. Los franceses, con razón, ven esa ley como una desleal

falta de reciprocidad frente a la reciente ayuda que ellos les han prestado a los estadounidenses en su lucha por la independencia.

Estados Unidos aprende muy rápidamente a jugar sus cartas diplomáticas. Como consecuencia de la feroz guerra mundial que se libra en Europa, acaudillada por franceses e ingleses, Napoleón está dispuesto a hacerle el mayor daño posible a su enemigo británico, y una de las medidas que toma es vender en 1803 la Louisiana a Estados Unidos, entonces bajo la administración de Thomas Jefferson, por quince millones de dólares. Su propósito era fortalecer a la joven nación americana para un eventual enfrentamiento con Inglaterra, y para ahorrarle a Francia el costo militar de un frente de batalla americano si Londres decidía atacarlos en el sur de Estados Unidos. Para los hispano-cubanos esa cesión tuvo un curioso efecto: comprobaron cómo la población francesa o hispano-francesa de la ex colonia gala se adaptaba rápidamente y sin resistencia a la soberanía norteamericana. Ese ejemplo comenzó a pesar sobre las tendencias anexionistas que no tardarían en manifestarse en Cuba.

En 1807 se da el segundo paso firme en la fundamentación de la política exterior norteamericana. El primero, recordemos, había sido el Acta de Neutralidad de 1794. En 1807 se completa esa acción con una nueva disposición legal: Estados Unidos declara un embargo comercial a Francia y a Inglaterra para obligar a los dos principales contendientes a respetar la neutralidad de los barcos estadounidenses. El embargo -que a partir de esa fecha será usado ocasionalmente contra sus enemigos, incluida la Cuba de Batista y la de Castro- no tiene mayor efecto, e Inglaterra continúa arrogándose el derecho a inspeccionar los barcos norteamericanos e, incluso, a secuestrar marineros a los que declara súbditos de su Majestad. James Madison, sin el entusiasmo del pueblo, en 1812 le declara la guerra a Inglaterra -el mismo año en que Napoleón pierde 600 000

hombres en la campaña rusa-, lo que provoca, entre otras consecuencias, la quema de la entonces novísima ciudad de Washington. Pero no todas las batallas terminan en derrota: Andrew Jackson aplasta al general británico Edward Pakenham, quien muere en combate, y el alto mando inglés decide enviar el cadáver a Londres para enterrarlo con todos los honores. Andrew Jackson, en cambio, se convierte en un héroe popular, lo que eventualmente lo llevará a la Casa Blanca.

En este punto es interesante destacar la importancia de Cuba para Estados Unidos. En una época en que los poderes imperiales europeos utilizaban sus colonias americanas dentro de la estrategia militar, esa larga isla situada a la entrada del Golfo tenía que ser una gran preocupación para la muy joven república estadounidense. El mayor peligro era que Inglaterra se apoderara de ella y desde ahí atacara el flanco sur americano, especialmente desde que habían adquirido la Louisiana en 1803, y desde que habían forzado la compra-venta de la Florida en 1819, entonces una península casi despoblada con apenas cinco mil habitantes, muchos de los cuales marcharon a Cuba tras el cambio de soberanía.

De ahí la congruencia de la llamada "Doctrina Monroe" proclamada en 1823 con más fanfarria que éxito. En ese año 100 000 soldados franceses habían atravesado los Pirineos para apuntalar al monarca absolutista español Fernando VII. La Francia revolucionaria se había convertido en la Francia reaccionaria y, de acuerdo con las demás monarquías europeas, combatía a sangre y fuego las ideas liberales y republicanas. En el Pacífico americano, las tropas del zar ruso llegaban hasta San Francisco, y en suelo español se preparaba un ejército para trasladarlo a América a recuperar el control de las colonias hispanas que habían logrado emanciparse gracias al esfuerzo de Bolívar, San Martín y los demás próceres americanos. Es en ese contexto en

el que James Monroe dicta su famosa política: "América para los americanos", aunque las capitales europeas se ríen de sus pretensiones. Monroe teme como al demonio que los ingleses se sumen al esfuerzo de los españoles y acaben instalados, por ejemplo, en Cuba o en México. No le importaba demasiado que los españoles continuaran controlando la Isla de Cuba, puesto que se trataba de una metrópoli débil, pero la posibilidad de que Cuba, como había sucedido en 1762, cayera bajo la autoridad de Londres, era para quitarle el sueño a cualquier político norteamericano medianamente responsable.

Apenas una década más tarde los cubanos pudieron observar otro episodio en la imparable marcha de Estados Unidos hacia el fortalecimiento del país. En el vasto y casi deshabitado territorio del norte de México llamado "Tejas" -el sonido 'j' se escribía entonces con una 'x'-, los pocos millares de habitantes de la despoblada región habían recibido un aluvión de varias decenas de millares de inmigrantes europeos atraídos por la posibilidad de comprar los acres de terreno a diez centavos de dólar. Junto a ellos llegaban norteamericanos pobres y una buena dotación de pastores protestantes, así que en 1836 la proporción de no-hispanos en esa región era de 10 por uno, lo que facilitó la creación en 1836 de la República de Texas tras una breve guerra que donó dos batallas míticas a la imaginación popular, "El Álamo", una derrota que encendió los deseos de venganza de los norteamericanos -"*Remember the Alamo*"-, y una victoria, San Jacinto, que decidió la contienda en contra de México.

En 1846 sobrevino el segundo episodio de esta historia: Texas pidió su incorporación a Estados Unidos y los mexicanos cometieron el error tremendo de atacar a Estados Unidos, entonces gobernado por James Polk, un político convencido de que su país había sido tocado por la gracia divina -el "destino manifiesto", como había acuñado el

periodista John Sullivan pocos meses antes-, quien sólo esperaba un buen pretexto para lanzarse sobre su vecino. Polk contraatacó y los generales Zachary Taylor y Winfield Scott no tardaron en arrollar a los ejércitos mexicanos, tomando la capital en una operación sorprendentemente rápida. El desenlace de ese conflicto es conocido: los mexicanos fueron obligados a vender a Estados Unidos la mitad norte de su territorio, incluidos California y Nuevo México. La sociedad norteamericana tal vez vivió entonces su mayor momento de euforia: en el curso de un par de generaciones había multiplicado por cuatro su territorio, cubría desde el Pacífico hasta el Atlántico, y no había perdido ninguna guerra.

Anexionistas cubanos y norteamericanos

Nada de esto pasaba inadvertido a los cubanos que deseaban separarse de España y alcanzar una suerte de gobierno autónomo, algo que creían poder lograr los anexionistas si integraban a Cuba en la Unión Americana. Ese es el caso de Narciso López y de Domingo Goicurúa. Es la época del filibusterismo, en alguna medida inspirada en el ejemplo de la República de Texas y en la guerra México-Americana. De Europa llegan noticias revolucionarias, especialmente de las revoluciones de 1848, y el húngaro Lajos Kossuth, líder de la revuelta contra Viena, y el italiano Mazzini son recibidos en Estados Unidos como héroes. A sus movimientos, "La joven Europa" y "La joven Italia" se les ve como los parientes cercanos del espíritu progresista y liberal de Estados Unidos, país entonces muy aplaudido por Marx que ve en la derrota de México una confirmación de sus teorías más radicales. Narciso López recluta en sus filas a veteranos de la guerra contra México y a húngaros recién llegados a Estados Unidos que marchan a Cuba. Reciben paga, pero no son mercenarios en el sentido estricto de la palabra: son,

diríamos hoy, revolucionarios "internacionalistas" que luchan contra la opresión de la vieja Europa.

Dentro de ese espíritu, el presidente Polk intenta comprar Cuba a los españoles. Ofrece la apreciable suma de 100 millones de dólares. No tiene éxito. Uno de sus sucesores, Frank Pierce, subirá la oferta a 130. Ya en el gobierno de Pierce aparece lo que será una constante en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos: en Washington, en las esferas de poder, actúa un *lobby* cubano que intenta utilizar el peso norteamericano para derribar al gobierno constituido en Cuba. Ese *lobby* es el primero que formalmente surge en la Unión Americana. Por aquellas fechas, tres embajadores norteamericanos -el de Madrid, el de Londres y el de París- firman el Manifiesto de Ostende en un esfuerzo por convencer a los españoles de que deleguen en Washington la soberanía de la Isla. Declaran el derecho de Estados Unidos a comprar la Isla por las buenas o a adquirirla por la fuerza. La urgencia de esta gestión tiene que ver con las tensiones que genera la esclavitud en Estados Unidos. Ya hay síntomas de que los estados esclavistas y los no esclavistas se dirigen hacia una confrontación. Los diplomáticos norteamericanos -uno de ellos, James Buchanan, será luego presidente- piensan que una revuelta negra en Cuba puede extenderse por el sur de Estados Unidos. La visión que entonces ellos tenían era que los acontecimientos cubanos repercutían en Estados Unidos, y viceversa.

En 1861, finalmente, estalla la Guerra civil norteamericana. Ante la parálisis de los norteamericanos, ingleses, franceses y españoles ven una oportunidad de medrar políticamente. Luis Napoleón, el gobernante francés, que es el más decidido, arma un ejército y persuade a Maximiliano, uno de los herederos del imperio austrohúngaro, para que se convierta en emperador en México. En esa aventura lo acompañan tropas españolas que embarcan desde Cuba al mando del general Prim. Los ingleses se auto

excluyen rápidamente. La operación es algo delirante. El hermano de Maximiliano, Ludwig Víktor, planeaba casarse con la hija del emperador brasilero para unificar a toda América Latina en una nueva dinastía. Estados Unidos, comprometido en la Guerra Civil, no puede invocar la Doctrina Monroe, pero en 1865 el sur es derrotado y Washington, que había apostado por Benito Juárez frente a Maximiliano, puede ajustarle las tuercas a Europa. Francia retira sus tropas frente a la presión norteamericana; los españoles lo habían hecho previamente, y los ingleses, como queda dicho, desistieron antes de iniciarse la aventura. Los esclavistas cubanos, muy debilitados, comienzan a pensar que la anexión a Estados Unidos ya no es la mejor opción, pues implica el fin de la esclavitud. Ese factor, sin embargo, no desalienta a los anexionistas cubanos que en 1868, cuando se lanzan a la manigua, todavía abrigan la esperanza de integrar la nación cubana dentro del estado republicano federal norteamericano.

Tras el gobierno de Johnson, vicepresidente y sucesor de Lincoln, el héroe norteamericano, el general Ulysses S. Grant, llega a la presidencia. Tiene grandes simpatías por los insurrectos cubanos alzados en armas y desea reconocerles el derecho a la beligerancia, lo que hubiera abierto la puerta a recibir más ayudas al dejar sin efecto el Acta de Neutralidad, pero su canciller Hamilton Fish tiene un buen argumento para impedirlo: Washington le reclama a Londres una fuerte compensación por haber reconocido al gobierno confederado del sur durante la Guerra Civil. Resultaba incongruente demandar a los ingleses por haber hecho algo similar a lo que Grant pretendía llevar a cabo en Cuba: legitimar la insurrección contra un gobierno con el que se mantenían relaciones normales y pacíficas. Grant, que fue mejor general que presidente, tampoco atina con su proyecto de anexar Santo Domingo para convertir la isla en un refugio de los negros norteamericanos. Acierta, sin embargo, cuando adquiere Alaska por poco más de siete

millones de dólares. Sus compatriotas, no obstante, piensan que han sido embaucados por los rusos que le han vendido hielo por una elevada suma. Pero la cantidad es interesante: mientras Pierce, una generación antes, estaba dispuesto a pagar 130 millones por Cuba, los rusos vendieron Alaska por sólo siete. Desde la manigua cubana, la cámara de representantes de los mambises le envía una carta a Grant en la que le advierten de las intenciones anexionistas que ellos abrigan. No parece que hubo respuesta.

La expedición franco-española a México era un reflejo del espíritu imperial de la época, algo que se va reforzando en la medida en que entra en juego un nuevo e importante actor: Alemania. Bajo la batuta de Bismarck se unifica Alemania, y en 1870-71 se desencadena la guerra franco-alemana, saldada con una derrota en toda la línea de los franceses. Los habaneros tienen un destello de lo que fue aquella contienda. Dos buques de guerra, uno francés y otro alemán, se enfrentan a cañonazos frente al litoral cubano. Ganan los alemanes. Los alemanes avecindados en La Habana, por cierto, respaldan con entusiasmo al gobierno colonial español, y, eventualmente, formarán un pequeño grupo de voluntarios.

En 1884 se reúnen las potencias occidentales en Berlín. El propósito es dividirse las porciones del mundo menos desarrollado. Estados Unidos asiste. Tras la Guerra Civil ya se le considera uno de los grandes. Y, en efecto, ya era el mayor poder industrial del mundo, aunque su aparato militar era muy limitado. En esa "Conferencia de Berlín" se consagra la partición de África y el Medio Oriente. Vastas regiones se adjudican tanto a países como a personas: Cecil Rhodes, por ejemplo, se convierte en el amo de Rodesia. El rey de los belgas toma posesión personal del inmenso Congo. Los británicos retienen la autoridad sobre el estratégico Suez de los egipcios. La percepción general es que

Europa y Estados Unidos tienen la responsabilidad de civilizar a los atrasados salvajes del resto del planeta. Un escritor inglés, Rudyard Kipling, lo explica desde el ángulo poético como una especie de fatalidad moral: es "the white man burden". Pero desde la "ciencia" y la naciente sociología llega el mismo mensaje: Charles Darwin publica su teoría de la evolución y postula que la naturaleza evoluciona como consecuencia de una lucha en la que triunfa el más fuerte y dota con sus genes a sus descendientes. Del darwinismo biológico se salta fácilmente al social: entre las naciones también sobreviven las más fuertes, las mejor preparadas para progresar como propone Herbert Spencer. Más todavía: en 1871 el propio Darwin declara que los europeos más hábiles y audaces son los que cruzan hacia América.

Desde la perspectiva norteamericana todo esto es una confirmación de un gran sentimiento de superioridad moral y física que se transforma en una fortísima tendencia nacionalista. Encabezadas por "Johns Hopkins", la primera que posee una escuela de estudios graduados, muy influenciada por la experiencia académica alemana, las universidades enseñan esa lección: la infinita grandeza norteamericana. Pero esa superioridad tiene que tener una expresión en el terreno militar. ¿En qué campo? Naturalmente, en la marina. Si el mundo estaba al alcance de los poderes imperiales, había que tener forma de ocuparlo, y en esa época sólo los barcos podían hacerlo, especialmente desde que a mediados de los años sesenta del siglo XIX se produce un drástico cambio en la ingeniería naval y se imponen los navíos de acero impulsados por motores de vapor.

Una potencia mundial y naval

En ese momento, todos los poderes imperiales -y ya Estados Unidos es uno de ellos aunque no ha tomado conciencia-, y por supuesto Gran Bretaña, que es la madre del

cordero, Alemania, Francia, tímidamente España, ya un poder económico muy mermado- inician una carrera armamentista. Esa carrera armamentista es naval. Empiezan a construir grandes barcos, grandes acorazados, grandes cruceros de metal, armados con una artillería muy poderosa. La ingeniería naval norteamericana comienza a despegar de manera autónoma, y en 1883 se aprueba un presupuesto para construir buenos barcos de guerra. El primer gran barco construido con ingeniería naval norteamericana total fue el Maine, precisamente. No sé si por eso fue por lo que estalló, pero lo cierto es que fue el Maine. En 1890 un capitán de la marina norteamericana, el capitán Alfred Thayer Mahan, historiador, escribe un libro sobre la influencia del mar y de la navegación en el desarrollo de los imperios: *The influence of Sea Power upon History*. La obra la leen todos los líderes políticos del mundo, entre ellos Teddy Roosevelt, un amante de la historia, en su momento Presidente de la Academia de Historia de los Estados Unidos. Thayer Mahan no dice nada extraordinariamente diferente, pero el libro documenta lo que ya formaba parte de la visión estratégica de las naciones más desarrolladas. Quince años antes, en 1875, Estados Unidos ya había establecido un acuerdo con Hawaii que es casi un ensayo para la Enmienda Platt, puesto que el pequeño reino del Pacífico se obliga a no ceder parte del territorio a ninguna otra potencia extranjera. En 1893 los norteamericanos instalados en la Isla propician un golpe incruento -hubo un herido- que depone a la dulce reina Liliuokalani. En 1894 se pacta la cesión de Pearl Harbor a la marina norteamericana. En el 98, año clave para los cubanos, se produce la anexión total de esa Isla del Pacífico.

A fines del siglo pasado, Estados Unidos contempla con preocupación como la poderosa marina alemana merodea en el vecindario caribeño, como lo hacía en el Pacífico, en Samoa. Y en el Caribe, junto a los barcos alemanes, hay barcos ingleses, franceses, e incluso italianos, pues aunque Roma no tienen una gran marina, posee varios buenos

buques de guerra y forma parte de expediciones de castigo. Es la "Diplomacia de las cañoneras", que no la inventan los norteamericanos, sino los europeos. Los ingleses toman el puerto Corinto en Nicaragua. Los alemanes y los ingleses acosan a los venezolanos y, en su momento, amenazarán a los haitianos. ¿Por qué los acosan? Para saldar deudas. De la misma manera que los códigos penales todavía permitían las penas de prisión a los deudores, los países que no pagaban sus empréstitos podían ser intervenidos. Eso formaba parte de la tradición diplomática de la época. ¿Qué hacen los norteamericanos? Completan la doctrina Monroe. Dictan un "corolario" en el que establecen que Estados Unidos tiene el derecho a intervenir para evitar que los poderes imperiales intervengan en América. En otras palabras: de manera inconsulta, convierten a América Latina en un protectorado norteamericano.

Pero eso no quiere decir que los latinoamericanos contemplaran esa actitud de Estados Unidos con resentimiento. El presidente Grover Cleveland, demócrata, que no era un imperialista, que no quiso anexarse a Hawaii -algo que sí hará su sucesor McKinley-, por ejemplo, fue un hombre popularísimo en Venezuela, en la Venezuela de 1895, cuando obliga a los británicos y a los alemanes a salir de Venezuela, y está dispuesto a ir a la guerra con Inglaterra, precisamente por la actitud imperial de los británicos que tomaron La Guaira y bombardearon un fuerte militar para mostrar su inconformidad con las pretensiones de Caracas sobre tierras de Guyana, entonces colonia británica. Esa guerra, por cierto, estuvo más cerca de estallar de lo que entonces pensaban los estrategas. A principios del 2002 se abrieron unos archivos alemanes de 1900 y encontraron los planes de guerra contra Estados Unidos solicitados por el belicoso káiser Guillermo. Algo parecido se percibe frente a la correspondencia de Teddy Roosevelt de 1901 con relación a los británicos: la guerra entonces era una posibilidad palpable.

Todos estos factores hay que tenerlos presentes para explicarnos la necesidad de los Estados Unidos de estar presentes en la historia de Cuba. En primer lugar, como queda dicho, el temor a que los alemanes y los ingleses se apoderaran de Cuba era algo muy importante en 1898. A ese elemento hay que sumar el antiespañolismo norteamericano provocado por la amplia difusión de los crímenes atribuidos a Valeriano Weyler o la publicación de las fotos de los esqueléticos "reconcentrados". La prensa norteamericana airea el caso de Evangelina Cisneros, una muchacha detenida por el ejército español y de la que se contó la historia que había sido humillada por sus captores. Hay otras mujeres que supuestamente fueron obligadas a desnudarse por unos guardias españoles. España lo negó con vehemencia. Aparentemente, lo que sí hubo fue el caso de varias mujeres que fueron "cacheadas", como se dice en mal castellano, no por hombres, sino por mujeres policías españolas. En todo caso, lo cierto es que en la opinión pública norteamericana se crea una visión muy contraria a España. Los norteamericanos ven a España como una potencia católica, asesina, bárbara y atrasada, que hace cosas terribles, como las que cuentan los dos grandes periódicos que divulgan lo que pasa en Cuba. El *lobby* cubano en los Estados Unidos se movió con una astucia tremenda y divulga profusamente el caso de Evangelina Cisneros. Recoge 25 000 firmas para pedir su liberación, entre ellas la de la mujer del presidente. Súbitamente, como parte de las aventuras periodísticas de la época, la rescatan unos corresponsales norteamericanos, la sacan de la cárcel clandestinamente y se la llevan a Estados Unidos. Eso sacude al país y lo prepara psicológicamente para la intervención. Por fin, en febrero del año 98 ocurre lo que todos sabemos: la explosión del Maine, seguida por el grito norteamericano "Remember the Maine/to hell with Spain". Pocas semanas después sobrevino la guerra y todos conocemos el resultado.

A partir de ese momento, ¿cómo actúa los Estados Unidos? Actúa por la memoria política y diplomática y por las concepciones estratégicas entonces vigentes. Trata de hacer en Cuba lo que habían hecho en Hawai. Es decir, asegurar unas carboneras y cerrarles la puerta a otros poderes imperiales. Algunos norteamericanos piensan en la anexión de Cuba, pero no pueden llevarla a cabo. Lo impide la Enmienda Teller, que fue la consecuencia de la habilidad con que el *lobby* cubano se movió para que no se produjera la anexión. Y la clave de ese movimiento fue un abogado, muy amigo de Martí, llamado Horacio Rubens, que es el que mueve al Congreso de los Estados Unidos y le arranca a Teller la famosa enmienda que luego es aprobada por Cámara y Congreso. ¿Cuáles son las motivaciones de Rubens? Seguramente, sus simpatías por los independentistas cubanos. Pero también -entonces se rumoreaba- porque su bufete representaba a un "sindicato" de tenedores de bonos de la República de Cuba. Si no se establecía la república no tenían a quién cobrarles los bonos y los intereses devengados. Sea lo que fuera, McKinley se ve de pronto con un legado inesperado: siete mil islas en el Pacífico, en Filipinas, más Cuba y Puerto Rico en América. Curiosamente, McKinley no sabe qué hacer. No tenía un plan político muy claro ni poseía una vocación imperial definida. La marina reclamaba bases carboneras, pero para instalar las bases no necesitaban apoderarse de las Filipinas, bastaba repetir lo que hicieron con Hawai. Sin embargo, se quedan con las Filipinas, y ahí estarán hasta 1946, para evitar que los alemanes o los franceses intervengan, para impedir que los españoles regresen o que los japoneses se apoderen del archipiélago. También, porque McKinley es un hombre profundamente religioso, que empieza a soñar con la expansión del credo protestante. Él es un protestante militante y quisiera que en las Filipinas se extendieran sus creencias frente al decadente catolicismo.

Además de heredar un imperio, Estados Unidos obtiene de la guerra contra España otras tres inesperadas consecuencias psicológicas y políticas. La primera es poner punto final a la Guerra Civil. En la batalla contra España se unen veteranos del Norte y del Sur. Pelean codo a codo por una causa común. Hay generales sureños, como Fitzhugh Lee, sobrino de Robert Lee, que participan en la lucha junto a oficiales norteamericanos. La segunda consecuencia es la comprobación de la capacidad militar norteamericana para enfrentarse a los poderes europeos. No era lo mismo derrotar a México que a España. Eso provoca en la población norteamericana una reacción de júbilo y una autovaloración nacionalista muy alentadora para los "jingoístas". Cuando los veteranos de Cuba desfilan en New York, liderados por Teddy Roosevelt y sus *Rough riders*, es la apoteosis. El país tenía necesidad de héroes y la "espléndida guerrita" hispano-cubano-norteamericana los proporcionó. La tercera consecuencia involucra a Europa: tras la aventura del 98, resultaba obvio que las potencias europeas tenían que contar con Estados Unidos para solucionar los conflictos mundiales. Poco después, en 1905, cuando se desata la guerra entre japoneses y rusos, la diplomacia norteamericana intervendrá. Y cuando Japón interviene en Corea, será Teddy Roosevelt el que forje el acuerdo final, gestión que le acarrea el Premio Nobel de la Paz de 1906.

Intervención y protectorado

Una vez derrotada España, Washington tiene que precisar su papel en Cuba. La Enmienda Teller le ata las manos al presidente para decretar la anexión, pero la decisión es organizar en la Isla una especie de tranquilo protectorado de acuerdo con los intereses de Estados Unidos. Durante los cuatro años de la primera intervención norteamericana (1898-1902) se produce una reorganización administrativa de Cuba, que incluye un impresionante esfuerzo en educación y salud que servirá de base a la República para

exhibir desde entonces estándares comparables a los de las naciones más desarrolladas, y se incorporan unos diez mil cubanos a la administración pública, muchos de ellos veteranos del ejército mambí.

La forma de conjugar el establecimiento de una república soberana que fuera, al mismo tiempo, un protectorado norteamericano, se concreta en la imposición de la Enmienda Platt. ¿Por qué lo hacen? En Washington esgrimen, discretamente, tres razones básicas: primero, evitar que las naciones imperiales europeas pudieran apoderarse de Cuba pretextando una deuda; segundo, la voluntad de anexionarse a Cuba en cierto momento, probablemente cuando los cubanos lo solicitaran, objetivo que no se declara; y, por supuesto, instalar en Cuba bases carboneras. Incluso, pudiera alegarse que existía un cuarto motivo: el deseo no declarado de anexarse Isla de Pinos, pues el reconocimiento de la independencia de Cuba no incluía el de Isla de Pinos.

Además de esos propósitos estratégicos, existía en Estados Unidos una visión un tanto ingenua sobre la capacidad para cambiar regímenes e implantar un modelo eficiente de democracia capitalista. Pocos años más tarde, sin embargo, los Estados Unidos descubrirá, tanto en Cuba, como Nicaragua, República Dominicana, o Haití, que esa función de "policía democrático" que ellos habían asumido, ese trabajo de ser el poder disciplinante y transmisor de los valores progresistas es casi imposible. Washington podía evitar que los franceses, los alemanes o los ingleses se apoderaran de los países del Caribe, precisamente porque ellos patrullaban la zona, pero lo que no podían lograr era inducir el buen gobierno, porque el buen gobierno, el buen manejo de una república, no depende de la legislación que se imponga ni de las instituciones que se importen, sino depende de los valores y de los principios y del tipo de comportamiento que

prevalece en un número grande de personas en la sociedad, y básicamente en la clase dirigente.

En 1905 se produce un fraude electoral que provoca un conato de guerra civil en agosto del año siguiente. Los dos bandos en pugna piden la intervención de Estados Unidos, que, francamente, no desea volver a ocupar la Isla. Pero entonces Estrada Palma la provoca de forma inexorable: abandona la presidencia para forzar al presidente Roosevelt a someterse a los imperativos de la Enmienda Platt. Se produce entonces una segunda intervención (1906-1909) encaminada a pacificar el país y a organizar nuevos comicios, en los que sale electo José Miguel Gómez, un general, líder de los liberales.

El embajador norteamericano en Cuba se convierte en una segunda fuente de poder y en el asesor obligado de cualquiera que ocupara la casa de gobierno. Con Gómez no son muy buenas las relaciones. Serán mejores con el general Mario García Menocal, conservador, su sucesor, un ingeniero graduado en Cornell. Pero con quien resultan muy malas en con Alfredo Zayas, a quien tildan de corrupto, y a quien casi le dictan la composición del Gabinete de Ministros. Tampoco son excelentes con el general Gerardo Machado, que se declara nacionalista y pide con energía la abrogación de la Enmienda Platt. El presidente republicano Calvin Coolidge lo escucha con atención. En 1925, durante su mandato, es que Estados Unidos, finalmente, acepta la soberanía cubana sobre Isla de Pinos. Coolidge es, por cierto, el único mandatario norteamericano que visita la Isla en función oficial (1928). Ya Coolidge se da cuenta que esa política de intervenciones no es la más conveniente para los Estados Unidos, y en La Habana, durante la Conferencia Panamericana, su Secretario de Estado renuncia al corolario de la Doctrina Monroe, aquella afirmación de que Estados Unidos se asignaba el derecho a intervenir en América para evitar que otros lo hicieran.

En 1933 el candidato Franklin Delano Roosevelt propone formalmente el abandono de la "Política de las cañoneras" como parte de su campaña electoral y anuncia la "Política del buen vecino". Esa formulación se corresponde con un clamor popular inspirado por México: frente a la doctrina Monroe, la doctrina de no intervención, pase lo que pase en cualquier país. Los norteamericanos lo aceptan implícitamente. En 1934, Roosevelt cancela la Enmienda Platt. En la práctica, la había suspendido durante la crisis de 1933, cuando Gerardo Machado huyó del país tras una violenta revolución y Estados Unidos se abstuvo de enviar tropas, aunque trató de mediar para imponer soluciones que fueron desechadas y duramente criticadas por casi toda la clase política cubana.

La política norteamericana de no intervención duró poco. En 1939 empieza la Segunda Guerra Mundial. Los poderes europeos se hacen la guerra y nosotros en el Caribe somos esclavos de la geografía de una manera radical. Esos poderes europeos todavía tienen cierta importante presencia en América: hay islas y territorios continentales holandeses, franceses e ingleses, como sucede con las Guyanas. En 1940 Estados Unidos, que todavía no ha entrado en la guerra, se siente en la obligación de proclamar una doctrina intervencionista que es continuación de la Doctrina Monroe, para evitar que los alemanes, que se han apoderado de Holanda, que se han apoderado de Francia, que tal vez se apoderen de Inglaterra, puedan hacerse cargo de las colonias en el Caribe y en la parte norte de Sudamérica. Washington dicta una nueva versión del corolario de la Doctrina Monroe donde establece que las victorias militares en Europa no se pueden extender a las colonias en América. Estados Unidos no quería tener a los barcos alemanes en posesión de las islas holandesas y francesas en el Caribe o en posesión de la Guyana Francesa, y dicta esta medida, contraria a la no intervención, pero que es una clara defensa de los intereses norteamericanos. El gobierno cubano, entonces bajo la dirección de Batista, apoya a Washington incondicionalmente. Y luego será la primera

nación que le declara la guerra al Eje tras el ataque a Pearl Harbor. Naturalmente, no todos los gobiernos latinoamericanos están de acuerdo con la postura antinazi y antifascista de Estados Unidos. Como consecuencia de la Segunda Guerra hay un severo enfrentamiento político con Argentina y con los gobiernos pro-fascistas de América Latina. El caso más claro es el de Panamá, el de Arnulfo Arias, que era un simpatizante del eje nazi, y Washington contribuye a desplazarlo del poder, y de nuevo empiezan las intervenciones norteamericanas encubiertas en la zona. ¿Objetivo de esas intervenciones? Por supuesto, preservar la integridad de los Estados Unidos, defender los intereses geopolíticos de los Estados Unidos.

Con la derrota de las potencias del Eje no volvió la política de no intervención. Casi sin pausa, inmediatamente, comenzó la Guerra Fría cuando en 1946 los ejércitos rojos imponen gobiernos comunistas en casi todos los países que tenían bajo su control en Europa, y empiezan a proliferar en América los grupos marxistas que defienden los intereses de la Unión Soviética. Como consecuencia de todo esto, los Estados Unidos intenta articular una política anticomunista de "contención" que tiene su expresión latinoamericana más clara en el pacto de 1947, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, el TIAR, que no fue firmado por México, Argentina y Costa Rica. Ese TIAR lo que quiere es enseñarles a los Latinoamericanos a defenderse colectivamente, encabezados, por supuesto, por los Estados Unidos, de la amenaza de control por parte de los soviéticos, que no era ninguna fantasía. En ese momento y poco después amenazaron Berlín, y, efectivamente, la Unión Soviética vivió desde 1946 hasta 1989 un verdadero espasmo imperial cuyos coletazos llegaron a América de la mano de Fidel Castro, de los sandinistas y de otros grupos comunistas.

El primer gobierno latinoamericano que es liquidado como consecuencia de la Guerra Fría es el de Guatemala en 1954. Jacobo Arbenz encabezaba un gobierno legítimo sostenido por el voto democrático, pero padecía la ilegitimidad de haber fraguado el asesinato del coronel Arana (o por lo menos se le acusaba vehementemente de ello), la persona que probablemente hubiera podido derrotarlo en las elecciones. Arbenz se acerca a los comunistas, importa una considerable cantidad de armas checas -dos mil toneladas en quince mil cajas- y se alinea junto a los grupos más radicales del país. Si Guatemala marchaba en dirección al comunismo o no es un debate que los guatemaltecos todavía no han resuelto. Yo no me atrevería a afirmar una cosa o la otra, pero lo cierto es que era antinorteamericano, que los soviéticos lo veían con mucha simpatía, y que los anticomunistas en América, muchos de ellos procedentes de la llamada izquierda democrática, eran totalmente contrarios a Arbenz.

Ese episodio de la Guerra Fría va a marcar las relaciones de los Estados Unidos con Cuba. Los mismos teóricos de la CIA que programaron y provocaron el derrocamiento del Arbenz, estaban en la Agencia Central de Inteligencia siete años más tarde cuando vino el episodio de Bahía de Cochinos y son ellos los que hacen los planes para derrocar a Castro. Hacen planes muy parecidos, porque me imagino que tendrían en la memoria una especie de "modelo de derrocamiento de gobierno de república bananera", y desempolvan los métodos que utilizaron en Guatemala. La repetición no funcionó en Cuba porque era una criatura diferente, porque la situación era distinta, porque Cuba en 1961 no tenía nada que ver Guatemala en el 54, pero lo cierto es que nosotros los cubanos sufrimos el impacto de la experiencia del derrocamiento de Arbenz por dos vías: por una, el comportamiento de los Estados Unidos, y por otra, el comportamiento de Castro. En Guatemala estuvo el médico Ernesto Guevara, que había visto lo que ahí había acontecido, había salido huyendo de Guatemala, y la influencia de Guevara sobre

Castro llegó a ser bastante grande. Yo creo que la decisión de Castro de acercarse velozmente a la Unión Soviética, incluso de ignorar al PSP y colocarse rápidamente bajo la protección de Moscú, se debe en gran medida a la experiencia guatemalteca.

Pero fíjense -y casi voy a terminar con esto, porque ya desgraciadamente es muy tarde-, fíjense si la geografía es un elemento clave en el destino de Cuba, en la diplomacia y en las relaciones entre los países, que en 1959-60, cuando al señor Krushev se le ofrece en bandeja de plata una revolución que ellos no habían hecho, un territorio que ni siquiera habían conquistado los comunistas del PSP, comienzan a ver a Cuba exactamente como la vieron los españoles en el siglo XVI: como la llave de las Indias, en este caso a 90 millas de los Estados Unidos. Cuba les brindaba la oportunidad de responderle con su misma medicina a un país que rodeaba con diferentes bases militares el enorme territorio de la Unión Soviética desde distintos puntos. Y el poder soviético, que en el año 59-60 era una fuerza arrogante, dirigido por Nikita Krushev, un campesino convencido de que en veinte años "enterraría" a los Estados Unidos, como aseguró públicamente. Aseveración no muy descaminada entonces: en ese momento ellos habían llegado al espacio antes que los norteamericanos con el Sputnik de 1957, y desde 1947 la URSS crecía al ritmo del 10% anual; un ritmo realmente asombroso de crecimiento económico, y podían pensar que iban a alcanzar y superar a los Estados Unidos, sobre todo si no tenían la sofisticación necesaria para el análisis. ¿Qué necesitaba Krushev para lograr cierta paridad militar con su rival? Colocar en el cuello de los Estados Unidos una daga semejante a la que ellos sentían desde Turquía o desde Noruega, y entonces la geografía decidió que Moscú rompiera con una vieja tradición del leninismo y se jugara la peligrosa carta de instalar misiles nucleares en Cuba.

Lenin opinaba, y los comunistas cubanos repetían como cotorras, que nunca iba a ser posible el establecimiento de un estado comunista en las América Latina hasta que los Estados Unidos, el gran poder industrial y económico, se convirtiera en comunista. Es decir, primero tenía que ser Estados Unidos un estado comunista, y luego vendría Sudamérica. Esa era la percepción que tenían los comunistas criollos. Repetían esto hasta que Kruschev entendió que se abría una oportunidad especial de amenazar a los Estados Unidos, gracias al dato geográfico de que Cuba estaba tan cerca de territorio norteamericano que no había forma de detener un hipotético ataque nuclear desde la Isla.

Como ustedes saben exactamente igual que yo lo que pasó a partir de ese momento, no describo el episodio de la Crisis de los Misiles, pero quiero terminar la charla de hoy con una observación sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos que me parece importante: pese a los designios imperiales de Washington, pese a sus doctrinas de seguridad nacional, ofensivas o defensivas, la verdad es que Estados Unidos jamás ha podido hacer su voluntad en la vecina isla. Durante el siglo XIX, cuando se engulló Louisiana, la Florida, la mitad de México y Alaska, territorios que multiplicaron exponencialmente el perímetro original de las Trece Colonias, no pudo comprar o arrebatarle Cuba a España. Tampoco se produjo la anexión tras la guerra de 1898, y ni siquiera de la pequeña Isla de Pinos. La Enmienda Platt, concebida como un marco legal para ejercer el protectorado, acabó convirtiéndose en un problema para Washington, y ya en 1933 no sirvió para evitar la caída de Machado o la posterior dictadura de Batista entre 1933 y 1940. Asimismo, en 1952, Estados Unidos no pudo evitar el golpe que derrocó a Carlos Prío; en 1959 fue incapaz de impedir que Fidel Castro llegara al poder; y desde entonces no podido o querido desalojarlo del gobierno, pese a ser uno de los

más tenaces enemigos de la sociedad norteamericana y de su sistema de gobierno. O sea, la geografía, como los astros, inclina, pero no obliga■